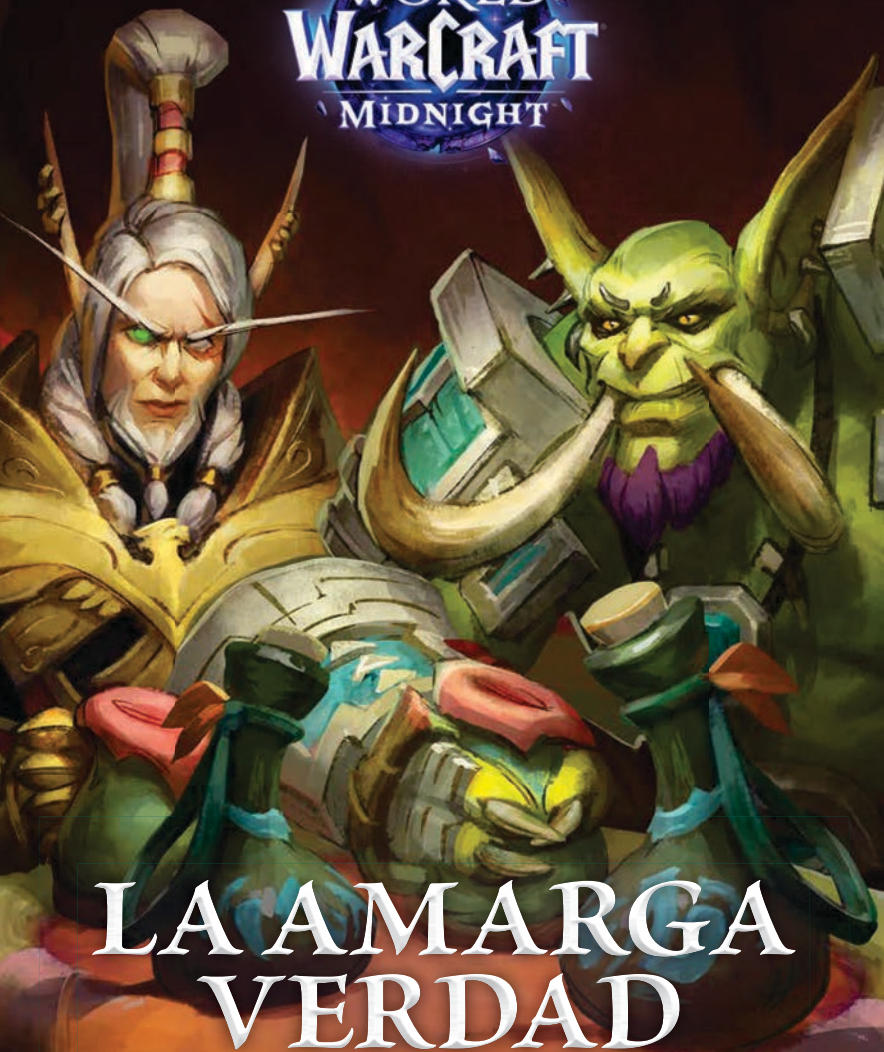




WORLD
WARCRAFT
MIDNIGHT



LA AMARGA VERDAD

UN RELATO CORTO DE ROBERT BROOKS

HISTORIA
ROBERT BROOKS

ILUSTRACIONES
SURFSIDE 3D

EDITORIAL
CHLOE FRABONI, MEGAN WALKER

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE
SOPHIE ERB

DESIGN
CHEUNG TAI

ASESORÍA DE TRASFONDO
SEAN COPELAND

CONSULTORÍA CREATIVA
RAPHAEL AHAD, CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS,
KOREY REGAN

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA, CARLOS GARCIA RENTA,
TAKAYUKI SHIMBO, JT TORREA

TRADUCCIÓN
ANA PÉREZ MANGLANO (REVISIÓN DE MANUEL
MATA ÁLVAREZ-SANTULLANO)



Blizzard.com

© 2026 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.



PRIMERA PARTE: Hasta el borde

El señor regente Lor'themar Theron supo de inmediato que lo habían traicionado.

—Ah, Liadrin —murmuró—. Espero que te hayas divertido hoy.

Pero no era lady Liadrin quien lo esperaba en el refugio de Hara'thir, sino otra persona. Lor'themar dejó escapar una risilla queda.

—Me invitas a tomar algo y envías a un general Amani en tu lugar. Supongo que es una forma como cualquier otra de organizar una charla diplomática.

El guardián Har'athir plantado junto a Lor'themar se limitó a gruñir como respuesta.

—¿Mmm? Ah, sí, guardián, sigue así, un trabajo excelente —replicó Lor'themar con sarcasmo—. Shore'aran.

El general Amani alzó la mirada mientras la afilada silueta de sus colmillos se recortaba contra la cálida luz de la taberna. Cuando vio a Lor'themar, levantó el mentón y frunció el ceño. Ah, Lor'themar ya había visto esa expresión antes, ¿verdad? Incontables veces en incontables rostros Amani, siempre justo antes de que volaran las flechas, chocaran las espadas y se derramara sangre.





—Vaya. El mihmísimo señor regente —dijo el trol—. No puede ser casualidad. ¿He vuelto a caer en el engaño de uno de loh tuyoh?

—Los dos hemos caído en la trampa. Engañados por una paladín, ni más ni menos —añadió Lor'themar fingiendo vergüenza.

En ese momento sintió la tentación de marcharse; a fin de cuentas, ¿de qué serviría departir con un Amani? Sobre todo ese día. Pero eso equivaldría a huir frente al enemigo. «Y no pienso hacerlo». Como Liadrin probablemente sabía.

—Qué embarazoso. ¿Lady Liadrin también te prometió que te invitaría a tomar algo tras la cumbre?

El trol suspiró.

—Lo que «prometió» fue diplomacia. Pero solo trajo ehte calabacino.—Lo señaló con la mano. Dentro, un líquido se mecía al ritmo de su recipiente—. Pero no teníamoh vasoh pa beber. Así que dijo que iría a buscarloh. —Al fijarse en las manos de Lor'themar, estalló en una brusca carcajada—. Y aquí ehtáh: con doh jarrah, no treh. Así que no se va a unir a nosotroh, ¿verdad?

—¿Para qué? Ha cumplido su misión. Está prohibido derramar sangre en tierra haranir. Así que un Amani y un sin'dorei deben hablar sin usar la violencia —sentenció Lor'themar mientras señalaba el calabacino—. ¿Qué se supone que vamos a beber? Ese calabacino no parece muy... limpio, que digamos.

—Ni idea. Permíteme.

El trol sacó un pequeño cuchillo del cinturón y, con un suave movimiento, lo clavó en el corcho para sacarlo. Olisqueó el corcho e hizo una mueca.

—Sea lo que sea..., no ehtá hecho pa los sereh vivoh. Vamoh a probarlo.

Se encontraban ante un desafío, y los términos del combate estaban claros.

—Por supuesto.

Lor'themar se sentó a la mesa y le entregó una jarra al trol. Este embrocó el calabacino, llenó la jarra hasta el borde y después se la devolvió, al tiempo que pedía la otra con señas.

Cuando las dos jarras estuvieron llenas, el trol alzó la suya.

—Un brindih. Por haber sido engañadoh.

Lor'themar levantó ligeramente la suya.

—Y por sobrevivir a las consecuencias.

Ambos titubearon viendo la duda del otro y dieron sendos tragos a la bebida casi al mismo tiempo. Tardaron unos segundos recuperar el control de sus expresiones faciales y casi lograron contener la necesidad de toser. Casi. Lor'themar se aclaró la garganta suavemente.

—Supongo... que hay que acostumbrarse al sabor. Es bastante amargo.

—Como chupar una piña podrida —reconoció el trol—. Me llamo Torundo. Soy el consejero de guerra de la jefa Zul'jarra. Y ya sé quién ereh tú. Lor'themar Theron, señor regente, brillante líder de la brigada enjoyada.

Camufló otra tos riéndose de su propia broma.

—Un placer —dijo Lor'themar con su tono más diplomático, el que reservaba pa las galas de Lunargenta y las sesiones del consejo de la Horda—. Pero tengo la sensación de que nos conocemos de antes. Sin duda, en una ocasión menos dichosa.

Torundo sonrió antes de volver a beber. Un sorbo, una mueca.

—Según tu amiga paladín, ¿cuánta de ehta ponzoña tenemoh que bebernoh pa hacernoH amigoh?

—Amistad entre Quel'Thalas y Zul'Aman. —A Lor'themar se le escapó una risita—. Qué optimista. Supongo que sabes lo que les hizo tu gente a sus padres, ¿no?

—Un día brutal —respondió Torundo, sombrío—. Poder perdonar momentoh así resulta impresionante. —Y, con voz más animada, añadió—: Eh digno de admiración. Y Zul'jarra piensa igual. Cuehta encontrar a alguien de tu ehpecie que no mienta máh que habla. A excepción del día de hoy.

—Es mucho mejor persona que yo.

El insulto de Torundo no le había pasado inadvertido.

El trol volvió a alzar la jarra.

—Pues brindemoh por aquelloh que son mejoreh que tú —prosigue— y por todo lo que admiramoh de elloh.

—Sinu a'manore —respondió Lor'themar y procedió a terminarse su bebida. La corte de Lunargenta le había enseñado a refrenarse en lo que a disputas verbales se refiere, así que aquel intercambio resultaba de lo más refrescante—. Quizá espera que el anochecer traiga un calabacino vacío, y el amanecer, un acuerdo de mutua ayuda.

El trol se terminó su jarra.





—Ah, sí. La gran revelación de loh haranir: un pueblo, una ahcendencia. Loh elfoh y troll somoh hermanoh y hermanah. Nuehtrah rencillah son absurdah y todo lo demáh. —Torundo se rellenó la jarra de nuevo—. Pero eso eh muy dehcartéh por mi parte. Hagar dio un buen dihcurso.

—En efecto —asintió Lor'themar—, aunque a Zul'jan no se lo pareció. ¿Sentará la cabeza después de su pataleta, o su inmadurez se cobrará más vidas Amani?

—Ya veremoh —concluyó Torundo con tono jovial—. No entierra su ira ni la niega, como hacen loh cobardeh.

Lor'themar decidió contraatacar al fin:

—Bueno, supongo que el decoro parece cobardía a aquellos que carecen de él.

—Cierto —respondió Torundo con tono glacial, mientras miraba a Lor'themar a los ojos—. A ver, deja que te llene de nuevo la jarra. —El líquido borboteó al caer del caño del calabacino—. Si hay algo que siempre he admirado de los tuyoh es vuehtra capacidad infinita de mentiroh a vosotroh mismoh. Oh laváih la sangre de lah manoh, os quitáih la tierra de lah uñah y barréih vuehtrah calleh anteh de dirigiroh a vuehtroh banqueteh y ceremoniah. —Esbozó una sonrisa y añadió, resaltando cada palabra como si fuera una maldición—: Un montón de personah limpieh fingiendo que nunca ehtuvieron suciah. Y a eso lo llaman «decoro». Una máhcara muy endeble, difícil de llevar.

—Anda. Parece que te da envidia —replicó Lor'themar pronunciando cada sílaba con precisión—. Dime, ¿te sentirás afligido cuando Zul'jarra te pida que cometas una nueva atrocidad? Debe de haber aprendido bien de su abuelo. Hacia mucho que no veía partidas de asalto Amani exhibiendo cadáveres de inocentes de formas tan creativas. Quizá recurra a las viejas tradiciones: invocar algún problema ancestral al que mi gente deba dar descanso después —terminó con palabras rebosantes de lástima—. O quizá encuentre nuevas formas de mostrarme lo que piensa sobre el decoro. —Dio otro largo trago a su jarra—. Mmm. Le estoy encontrando el gusto a esta bebida.

Torundo se quedó mirando al señor regente durante unos instantes.

—Recuerdo bien una atrocidad en concreto —se limitó a responder—. Habíamoh capturado a un grupo de magistri. Y a algunoh forehtaleh de alto nivel. —Tras una pausa, el trol prosiguió con su relato—. Al jefe de aquel entonceh le guhtaba atender personalmente a loh quel'dorei importanteh pa devolverleh la hohpitalidad recibida.

Leh guardaba un intenso rencor: había perdido un brazo y un ojo. Algunoh considerarían ese tratamiento... de lo máh indecoroso.

—Estabas allí —dijo Lor'themar sin poder evitar que salieran las palabras de su boca—. Cuando masacraron a mis camaradas, cuando Zul'jin se pintó con mi sangre.

Torundo se limitó a sonreírle.

—Teníah, razón, señor regente. Noh conocemoh de anteh.



SEGUNDA PARTE: Un brindis

Era una guerra. La misma hostilidad, las mismas intenciones letales. Solo que esta batalla se libraba con palabras. Y ambos lo entendían.

—Sí, señor regente, ehtuve allí el día en que te capturaron. —El tono sosegado de la respuesta hirió a Lor'themar más que si hubiera sido una carcajada—. Zul'jin se lo pasó en grande. Te dejó ehcapar. Ese día perdí a algunoh hermanoh, pero nunca se lo tuve en cuenta. Nuehtra guerra ya había carbonizado su alma antes de vuestroh caminoh se cruzaran.

Torundo se llevó la jarra a los labios.

Lor'themar apenas le escuchó. Terminó su bebida de un trago, rellenó su recipiente y dejó que el ardor de la bebida haranir hiciera frente al gélido frío de sus recuerdos.

—Sí. Me acuerdo de ti.

—Me imaginaba que acabaríaah haciéndolo —replicó Torundo.









—Un día distinto. —Lor'themar había recuperado la serenidad, el control y la perspicacia—. Décadas antes.

—Loh elfoh viven máh añoh que yo —apuntó el trol—. Demasiadah décadah atráh, no habría sido máh que un niño.

—Así es. —Lor'themar hizo una pausa y esperó a que Torundo se rellenara la jarra de nuevo—. Un chico Amani en... ¿la Aldea Zen'tamani, quizá?

El brebaje haranir se derramó por el borde de la jarra; era el turno de sorprenderse de Torundo.

—Dime —prosiguió el elfo—, antes de que te nombraran general, antes de que te bautizaran como el Grisáceo, ¿en qué aldea creciste, Torundo?

Torundo había sido el primero en lanzar un ataque. Ahora, Lor'themar quería contraatacar, recuperar el impulso. Y la primera andanada de réplica parecía estar funcionando.

—¿Ocurre algo? —preguntó—. Pareces preocupado. ¿En qué aldea vivías? Puede que haya formulado mal la pregunta. Si la hubieran destruido cuando eras pequeño, tendrías que haberte refugiado en muchas.

—Qué elfo tan lihto. —La respuesta de Torundo parecía un elogio. O el peor insulto posible—. Sí, crecí en Zen'tamani. Como muchoh niñoh Amani. Bahtante acohtumbradoh al decoro de loh elfoh nobleh. Pero eso no quiere decir que me vierah allí.

—¿A ti en concreto? No, no lo recuerdo. Habrán pasado sesenta años desde entonces —aventuró el elfo—. Lo que más recuerdo es lo que nos llevó a esa aldea. Los cuerpos que decoraban las caravanas. Civiles. Niños. Un suceso bastante vulgar hasta para los Amani. Si se lo hubierais hecho a los soldados, habríais despertado nuestra ira. Pero ¿tomarla con el pueblo llano? Captasteis nuestra atención. Y la de la general forestal Lireesa Brisaveloz.

Torundo parpadeó rápidamente, pero siguió en silencio. Observó a Lor'themar con atención y dio otro sorbo.

El elfo prosiguió:

—Algunas personas en Lunargenta pensaban que era muy blanda con los Amani, y todo porque creía en las respuestas proporcionadas. ¿Y cuáles fueron las historias sobre nuestros actos en los días posteriores? —Río suavemente—. Acallaron las críticas

durante muchos años. Por suerte, resultó fácil seguirles la pista a los asaltantes. Fue un trabajo de novatos; pero es verdad que la crueldad no es un recurso propio de los hábiles.

Lor'themar levantó la jarra y dio otro sorbo al licor haranir. Había muchas historias de la guerra contra los Amani cuyo recuerdo le perturbaba.

Esta no era una de ellas.

—Los seguimos hasta tu aldea. Estaban celebrando su gran victoria; esa caravana tenía que llevar un carro entero de vino. Los observamos durante toda la noche, dejamos que los dominara la embriaguez. Al amanecer, entramos sin más. —Lor'themar cogió el calabacino y le rellenó la jarra a Torundo manteniendo su mirada sin pestañear—. ¿Era tu aldea?

—Sí —respondió el trol con voz seca.

—Como ya he dicho, no te recuerdo. Pero sí reconozco tus facciones. No de un niño. —Lor'themar fingió estudiar el rostro de Torundo—. ¿Había algún familiar tuyo en esa partida? ¿Tu padre? ¿Quizá un primo?

—Mi tío —respondió.

—Mmm... Tenía tu mismo ceño, tu complexión... —Las palabras del elfo sonaban afectuosas—. Pero no tu capacidad estratégica. Una lástima. Resultó muy decepcionante capturarlos a todos sin sufrir una sola herida. Hasta tenían un alijo con nuestras espadas, pero estaban demasiado borrachos para usarlas. Teníamos que satisfacer nuestra sed de venganza de alguna forma. Seguro que lo entiendes.

—Por supuesto —afirmó Torundo.

—¿Recuerdas cómo los ejecutamos? —Lor'themar apuró la bebida. Sabía como la sangre, amarga y metálica en la lengua—. ¿Cómo nos aseguramos de que sintieran lo mismo que habían sentido los de la caravana?

—Eh difícil olvidarlo —respondió el trol—. Fue un espectáculo dantehco. Pero, como bien has dicho, la crueldad no es un recurso propio de los hábiles.

—Tu aldea daba cobijo a asesinos —contestó Lor'themar—, y pagaron el precio.

—Nuestro herrero no cobijaba a nadie —prosiguió Torundo—, solo gritó cuando matahteis a su compañero. Y uno de los vuetroh se aseguró de que no volviera a gritar. ¿Y recordad los edificios de paja a los que prendidteih fuego? No estaban vacíos.









—Mm. La guerra es algo terrible —replicó Lor'themar con fingido pesar.

—Yo tampoco me acuerdo de ti. Tendría treh o cuatro añoñ. —La voz de Torundo sonaba carente de ira o rabia, solo recordaba—. Parecíaih ehpírituh malignoh. Pasando de un Amani desarmado al siguiente con vuehtrah ehpadah relucienteh. Completamente invencibleh contra un pueblo completamente desamparado.

—Hicimos un buen trabajo.

—Y tan bueno —asintió Torundo—. Los supervivienteh huyeron. Hahta Amani'Zar. Y allí, cuando crecieron, se unieron bajo el ehtandarte de un señor de la guerra que prometió cobrarse la venganza con sangre. Y con sangre pagasteih. —El trol paladeó otro trago—. Como bien hah dicho..., la guerra eh algo terrible.

—Una guerra que por fin parece a punto de terminar —respondió bruscamente Lor'themar—. Parece que tu líder está especialmente desesperada estos días. Nunca pensé que tu gente vendría a suplicar ayuda a los míos.

—¿Suplicar? —repitió el trol, divertido—. La jefa Zul'jarra nunca ha pedido nada. Liadrin noh ofreció su ayuda de buena voluntad, como otroh, pa enfrentarnoh a un enemigo común. —Los hombros del trol se sacudieron con una risa silenciosa—. Pareces dehcontento. La Hoja Crepuhcular casi ha terminado el trabajo que no pudihteih concluir. Solo teníaih que quedaroh mirando, como hicimoh nosotroh cuando la Plaga hendió vuehthro reino en doh y masacró a vuehthroh...

El puño de Lor'themar se estrelló contra el pómulo de Torundo, por encima del colmillo.







TERCERA PARTE: Los restos

No había sido una decisión consciente, había actuado sin más.

Entonces resonaron los pasos y los gritos de los guardianes haranir. Torundo emitió un suspiro feliz y satisfecho.

—Deteneoh, guardianeh. Ehtoy bien.

Lor'themar sintió el insulto; había permitido que las palabras dañaran su honor.

—Lamento... lamento profundamente haber roto la tregua que habíamos acordado.

No volverá a ocurrir. Aquí no.

Tras unos instantes, los guardianes soltaron a Lor'themar, aunque se quedaron cerca. Era evidente que no iban a concederle más oportunidades.

Torundo se frotó ligeramente la mejilla, donde ya se estaba formando un cardenal.

—Quizá sea lo mejor que alguien ponga fin a ehta guerra por nosotroh. Ninguno de loh bandoh se merece ganar.

Lor'themar asintió en señal de aprobación.

—Nuestras bebidas. Permíteme.

El calabacino cada vez pesaba menos, pero aún quedaba lo suficiente como para rellenar las dos jarras y dejar un poco en el fondo.

—No te dihculpeh —dijo Torundo—. No por algo de lo que no te arrepienteh.

—Pero sí que aprecio el civismo, incluso con mis enemigos —apuntó Lor'themar.

—Otra veh esa capacidad infinita de mentirte a ti mihmo —respongió el trol—.

Hasta parecch creértelo de verdad.

Lor'themar suspiró de forma exasperada.

—¿Crear el qué?

—Que mi aldea daba cobijoh a asesinoh. Que loh Amani borrachoh a loh que ejecutahteih eran salvajeh —explicó Torundo—. Tu gente de verdad piensa que vuestrah manoh ehtán limpieh, ¿no eh así?

Lor'themar Theron estaba cansado. La diversión de la batalla había desaparecido.

En otras circunstancias, se habría marchado sin más, pero había golpeado a Torundo de forma deshonrosa. Había roto las reglas del combate y tendría que pagar un pequeño precio.

—Bueno, tu aldea era inocente —dijo el elfo sin emoción—. ¿Estaba llena de artesanos, granjeros y herreros pacíficos y nada más? Espero que se te ocurra algo más convincente que eso.

Torundo esbozó una amplia y triste sonrisa ante las palabras del señor regente.

—Ah, teníamoh guerreroh. Mi tío entre elloh. Y sí que habían quemado una caravana. Pero ¿oh creihite los cuentoh que oh contaron vuehtroh lídereh? Éraih forehtaleh. Creía que sabíaih diferenciar la verdad de una mentira.

—No te va a resultar fácil convencerme de que esos cuerpos de la caravana no existían —replicó Lor'themar—. Que su sangre no se derramó.

—Pueh claro que fue real. Como el montón de ehpadah élficah encantadah de suh carroh —sentenció Torundo—. ¿Qué caravana de civileh tranhportaría algo así? ¿Nunca te cuehtionahte la hihtoria que te contaron?

—Había niños muertos —respondió Lor'themar con voz menos firme de lo que le habría gustado.









Había niños y había armas élficas en esa aldea. «¿Por qué no se me ocurrió...?».

—Una ehcolta de Erranteh disfrazadoh de civileh. Su forma de luchar eh inconfundible. ¿Por qué creeh que los asaltanteh se emborracharon tanto esa noche? Mí tío era un guerrero honorable. Necesitaba borrar esa ehcena de la mente. Ehtaban debatiendo qué clase de locura había llevado a vuehtra gente a arriehgarse así. — Torundo se frotó la mejilla magullada y bebió de nuevo—. ¿A quién se le puede ocurrir usar niñoh como ehcudoh?

—A cierto señor de la guerra, por lo que tengo entendido —repuso Lor'themar con voz hueca.

—Sí, Zul'jin repondía a la violencia con máh violencia.

—Y, sin embargo, te enorgulleces de haberte unido a él.

Torundo miró a Lor'themar con ojos sorprendidos.

—¿Eh que no lo entiendeh? Aún con máh sigloh de vida que yo y con loh sigloh que te quedan, ¿sigueh pensando que debemoh recordar ehta guerra con orgullo?

Lor'themar no respondió. Se limitó a beber.

—Quizá tu general forehtal sabía lo de loh Erranteh disfrazadoh. O quizá fuera otro líder de campo al que matamoh ese mihmo día. Pero, como habían muerto niñoh, necesitabaih que fuéramoh unoh salvajeh. Cuesta máh luchar cuando el hedor de la tragedia lo producen tuh propioh actoh. A Zul'jin le venían de perlah esah situacioneh; cada gota de sangre inocente que se derramaba encendía un fuego en lah entrañah de nuehtro pueblo. Así consiguió mandarnoh a mí y a otroh cuantoh a la Aldea Brisaveloh. Otra masacre. ¿Cómo puedo enorgullecerme de ello?

Cerró los ojos y esbozó una sonrisa triste.

—¿Debería avergonzarme? Nunca me cuehtioné mi deber. Al contrario que tú..., yo no podría haberlo detenido.

—Así que ahora eres un general que nunca ha podido elegir —replicó Lor'themar con un tono de puro escepticismo—. Qué interesante. ¿Qué decías sobre engañarse a uno mismo?

—Resulta muy sencillo, ¿verdad? —dijo Torundo con una voz que rebosaba franqueza y sinceridad—. La guerra eh máh antigua que cualquiera de nosotroh. Vivimoh en el odio de lah generacioneh pasadah. Aniquilamoh al enemigo donde lo

encontramoh, igual que nuestroh amigoh fueron aniquiliadoh a su vez. Horrorizadoh o deleitándonoh, según toque. Hemoh muerto por su culpa o aprendido a vivir con ello. ¿Qué podríamoh haber hecho ninguno de loh doh?

Clavó la mirada en el fondo de la jarra.

—¿Acaso importa la razón de nuehtra guerra de hoy? ¿Territorioh, masacreh ancestraleh o simple hábito? Ehtamoh atados a ella, No podemos encontrar una salida. No queremos hacerlo. —Al general Amani se le escapó una carcajada exhausta—. He vivido por ehta guerra —continuó—. Quizá mi tiempo como guerrero llegue a su fin porque firmemoh la pah o porque no lo hagamoh. De igual forma, no viviré demasiado. —Regaló a Lor'themar una sonrisa triunfante—. El tiempo eh cruel con loh tuyoh en ese ahpecto. Dehde que nací hahta que muera, mi guerra no durará una fracción de lo que la tuya. ¿No te ha parecido una eternidad? ¿Cuánto tiempo puede durar el decoro?

Lor'themar tardó un buen rato en responder.

—Sé honesto; en tu antigua aldea, ¿eran asaltantes ordinarios y no monstruos?

—¿Cómo fiarse de loh recordoh de un niño? —Torundo parecía casi divagar—. Algunoh guerreroh vagaban de aquí pa allá. Si hubieran masacrado a inocenteh a sabiendah, habría sido la primera veh. No sé máh.

Una expresión compasiva afloró al semblante del general trol.

—Dile a lady Liadrin que me alegro de que me haya engañado. Ehta conversación ha sido un obsequio, pero debo marcharme. La extinción aguarda a mi pueblo, a manoh de loh tuyoh o de otroh.

—Puede que así sea —respondió Lor'themar—. Te deseo el resultado que mereces. Torundo, que ya se alejaba, estalló en sonoras carcajadas.

—Qué maldición tan terrible. A cambio, aquí tieneh la tuya: te deseo el porvenir eterno que crees querer.

Y, con estas palabras, se marchó.

Lor'themar permaneció sentado, a solas, observando a los parroquianos que iban abandonando el refugio. La palabra «eterno» flotaba en su mente de una forma que no le gustaba. Y el último sorbo le dejó un regusto amargo en la lengua.

—Una maldición terrible —asintió en voz baja.



